

Título: *La pelusa*. Lema: *Olmo seco*

Unos guantes negros, de satén, salvan el atuendo de boda más plomizo. En esa flaca confianza, me acomodé en mi fila, justo detrás de cierto abrigo, reflotado, al parecer, desde el estrato evolutivo más remoto de un armario. Quise entonces despejarle, piadosa, aquella pelusa memorable. Nunca lo hiciera. Tras décadas de letargo, la pelusa se adhirió con fervor a su nueva localización, mi guante derecho, clavando allí su tienda. Imploré, en el trance, el auxilio activo de Ramón, mi marido. Solo lo obtuve a medias. Invocando el manido adagio *-Dad redes, no pescado-* rehusaba él extirpar por mí el grimoso nódulo, si bien ejercería de estratega: debía desprenderme del guante sano, y proceder luego al rescate, con la mano desnuda. Fue un error, hoy lo sé, implicar en la fase inicial al guante infecto. Ese vacío de asepsia le valió al adversario la anexión de una nueva colonia: ahora tenía los *dos* guantes que daba dentera mirarlos, prisioneros entre filamentos viscosos. Siempre resolutivo, Ramón me ponderó, entonces, las ventajas de refregarlos contra el rugoso chal de mi inmediata vecina, cuyos encajes no se negarían a tomar el testigo. Discutíamos los detalles, cuando un enfático oficiante clamoreó que *toda convivencia tenía principio y base en una mentalidad madura, responsable, consistente...* La pelusa nos miró, más que perpleja.

Si aquellos botarates convivían, siendo así que sus párvulas molleras no reunían densidad superior a la suya, entonces algo se le escapaba. No supe qué decirle.